

Estancias chadianas.

Domingo, 3 de abril de 2011.

Continuamos camino hacia Abeché. Debemos estar a las 10, por lo que rodamos a partir de las 5.30. Hoy sin novedades. La carretera es magnífica. Esperemos que contribuya al desarrollo de la región. Solo tierra y polvo, compañero de camino que no da tregua.

Llegamos a Abeché, tras 900 km. Acaba de terminar la misa. Conocemos a Jaime Moreno sj por fin! y a Inés, religiosa argentina, que trabaja en los campos de Guéreda impulsando un proyecto sobre “calidad en la educación”. Charlamos. Nos hidratamos. El calor es intenso. Entregamos nuestros encargos y repartimos saludos y abrazos de todos sus amigos de España. Poco a poco, nuestro francés mejora. Conocemos al equipo de la oficina del JRS (Servicio Jesuita a Refugiados). Un equipo muy joven, con muchas ganas y pleno de vitalidad, que trabajan en armonía en situaciones extremas. Vienen desde Camerún y Costa de Marfil. Solo hay un chadiano en el grupo.

Comemos y descansamos. Todo bien. A las 15:15 salimos a conocer la ciudad con Jaime. Íbamos a ir en coche pero hay cambio de planes, nos recomiendan patearla. Aceptamos con gusto. Visitamos el mercado, donde todo es importado del extranjero, principalmente de China: ropa, zapatos, cuero, camisetas de equipos de fútbol, telas. En Abeché se puede encontrar de todo. El mercado de comida está más escaso de surtido (mangos, mijo, y poco más), economía de subsistencia con las condiciones higiénicas propias de la espalda seca del mundo. A una fuente central se acercan carretillas para rellenar bidones de agua. El agua es un bien muy escaso. Callejamos. Somos el centro de atención. Salimos del mercado. Jaime nos ofrece visitar el hospital. No queda lejos, La calle está asfaltada. Tiene luz eléctrica suministrada por medio de placas solares desde hace menos de 1 año Buen sistema. Ojalá dure. Nos cruzamos una comitiva de partidarios del presidente, que se presenta a las elecciones presidenciales de nuevo mientras toda la oposición en pleno se ha retirado pues consideran que habrá pucherazo. Los hombres de tez negra visten al estilo árabe, algunos de ellos con turbantes, las mujeres, con telas coloridas, pocas tapadas íntegramente, dejando al aire nariz y ojos. Con este aire y polvo, que llega a cualquier lugar, hay que taparse.

Al hospital no se puede entrar con armas. Un cartel lo indica a la entrada. No hay mucha gente. Visitamos todas las salas pero casi sin detenernos. Los médicos y enfermeros son chadianos, pero del Sur. A la puerta del hospital, una gran explanada donde viven las familias de los enfermos. Las mujeres, a un lado, preparan la cena y alimentan a sus hijos, al otro, los hombres, tumbados en sus esteras, toman té. Detrás está la leprosería. Nos acercamos, sólo para verla. Nos cruzamos con el responsable y nos enseña casa por casa. 450 leprosos viviendo en unas condiciones poco favorables. Decenas de niños nos acompañan. Disputamos unos minutos de fútbol con ellos. Quedamos en mandarles un balón. La gente conoce al Madrid y al Barca. Tomamos un refresco, entramos en un restaurante típico chadiano, nos cruzamos con varios coches del ejército y la policía (fuertemente armados) y regresamos a casa. Nos da tiempo a ver un rato un partido de basket entre los jóvenes, el foyer y la iglesia, donde ensaya un coro. Nos vamos de nuevo a la casa. Hay luz y conexión a internet. Revisamos el correo electrónico, nos hidratamos y salimos a cenar. Era la sorpresa de Jaime para la noche. Restaurante Santana: Suele ir el personal de las organizaciones humanitarias. La carne está muy rica. Hay que estar muy en forma, bien hidratado y alimentado. El medio es hostil. Hasta el martes no volamos a los campos.